CONCLUSIÓN

Aunque en toda la obra de Simone de Beauvoir pueden encontrarse claros indicios de una especial preocupación por la cuestión femenina, su mayor aportación a la discusión sobre el género sin duda se halla en su texto más leído, conocido y difundido: *El segundo sexo*. No en vano, desde que se editó en 1949, no se ha dejado de hablar de él con mayor o menor intensidad. De hecho, la mayoría de las grandes revistas intelectuales le han dedicado sus crónicas literarias. Sobre él han escrito François Muriac, Julien Benda, Julien Gracq, Emmanuel Mounier, Roger Nimier, entre otros. Resulta extraño que un libro cuya autora es una mujer, que trata sobre la cuestión de las mujeres haya suscitado tantas y tan apasionadas polémicas.[1]

Y es que el texto arremete contra instituciones intocables como pueden ser la familia tradicional y la maternidad. Simone de Beauvoir cuestiona todos los mitos que se habían generado en torno a la maternidad –algo que no se le ha perdonado todavía. Ella comienza el capítulo "La Madre" con quince páginas a favor del aborto libre; cuestiona el instinto maternal y las funcionas maternales que, tal y como se entienden, alienan a las mujeres. Los capítulos sobre "La iniciación sexual" y "La lesbiana" atentan contra los valores de una sociedad puritana que era incapaz de contemplar ni siquiera la posibilidad de una educación sexual.

Los tres escritos que se publicaron con antelación en *Les Temps Modernes* suscitan una gran indignación, tanto en la derecha como en la izquierda. Por ejemplo, Jean Kanapa, antiguo alumno de Sartre, y que llegó a ser director de *La Nouvelle Critique*, habla de "la baja

---

[1] Chaperon, S. "Le Dexième Sexe en heritage", en *Le Monde diplomatique*. Enero, 1999. http.//www.monde.diplomatique.fr/1999/01/CHAPERON/11516

descripción obscena, la indecencia que indigna al corazón". Para muchos articulistas, *El segundo sexo* fue "un manual de egoísmo erótico", "un manifiesto de egotismo sexual", donde escandalizan los "atrevimientos pornográficos" que contiene, hasta el punto de que su autora fue calificada de "sufragista de la sexualidad" o de "amazona existencialista."[2]

Algunos de los colaboradores de *Les Temps Modernes* salieron en defensa de Simone de Beauvoir y esgrimieron sus argumentos. Por ejemplo, Maurice Nadeau critica a los que "no se pueden librar de una cierta mala fe al ver a una mujer, en este caso una filósofa, tratar abiertamente de cuestiones de sexo". Emmanuel Mounier y Jean-Marie Domenach, director y redactor jefe de *L'Esprit* respectivamente, brindan un apoyo decisivo a la obra. Por tanto, si *El segundo sexo* choca por su propósito y su radicalidad, debe decirse que no es ni el primero ni el único en sostener sus tesis. Otros libros que pasaron desapercibidos, y que hoy permanecen en el olvido, podrían haber provocado las mismas reacciones.[3]

La notoriedad de Simone de Beauvoir proporcionó una cobertura mediática a su libro. En efecto, en 1949 ella no era ninguna desconocida. Su primera novela *La Invitada* (1943) había tenido una calurosa acogida por parte de la crítica. Después, sus numerosos escritos permitieron que se siguiera hablando de ella, y eso sin tener en cuenta su participación en *Les Temps Modernes*, revista de la que fue cofundadora.

Pero lo cierto es que ella es conocida por el gran público debido a un prejuicio bastante patriarcal: ser la compañera de Jean-Paul

---

[2] Ibid.
[3] Ver Fraisse, G., *La diferencia de los sexos. Identidad, diferencia, igualdad, libertad*. Minerva Ediciones, Madrid, 2002. p. 164.

Sartre, hasta el punto de que se la apoda "Notre-Dame-de-Sartre" o la "Grande Sartreuse". De hecho hay quien afirma que su posición se la debe, sobre todo, a su permanencia con Sartre, pues él era el que ejercía una verdadera autoridad filosófica e intelectual. Sin embargo, el escándalo que provocó *El segundo sexo* le aseguraba un éxito inmediato. Se vendieron más de veinte mil ejemplares en la primera semana, fue muy traducido, y tuvo millones de lectoras occidentales. Por tanto, en sus inicios, la obra auguraba una inmensa adhesión femenina que, sin embargo, y al contrario de lo esperado, se quedó al margen de la polémica.

Ese silencio, debido en parte a la confusión, a la conveniencia, e incluso a las divisiones internas, son una indicación de hasta qué punto Simone de Beauvoir precede a las generaciones militantes de su época. Sin embargo, muy pronto algunas intelectuales aisladas le muestran su complicidad. Novelistas, ensayistas, periodistas y universitarias forman las primeras cohortes femeninas convencidas por el discurso beauvoriano, como Colette Audry, Celia Bertin, Françoise d'Eaubonne o Geneviève Gennari. Ellas inauguran una larga lista de lectoras.

Debido a una cierta tranquilidad en el desarrollo de la guerra fría y al premio Goncourt concedido a su novela *Los Mandarines*, Simone de Beauvoir recupera su buena reputación. Sus *Memorias* encuentran un público fiel, y en el curso de su carrera literaria se asegura una notoriedad duradera para *El segundo sexo.*

Muchas mujeres han testimoniado el trastorno experimentado por la lectura de esta obra, y el reconocimiento –o el rencor- que sienten. Françoise d'Eaubonne dice: "He leído *El segundo sexo.* Reboso de entusiasmo, al fin una mujer que comprende". Y le escribe

a Simone de Beauvoir: "¡Es Vd. un genio!".[4] Beauvoir recibió miles de cartas que constituyen actualmente todo un fondo documental inestimable. Para las madres que habían abandonado sus proyectos personales y profesionales en aras de la maternidad, el encuentro fue doloroso. Ménie Grégoire lo resume de la siguiente manera: "Simone de Beauvoir ha contado más a las mujeres de mi generación de lo que nunca lo hicieran los historiadores... Ella nos ha puesto contra la pared, nosotras que habíamos sido formadas para una vida diferente a la de nuestras madres."[5]

La influencia de la obra se extiende rápidamente. Fue traducida al alemán en 1951, al inglés y al japonés en 1953, y cada una de esas traducciones comienza a tener su propia trayectoria. Por ejemplo, en Japón aparece primero el segundo volumen y la conclusión. Los traductores a veces imponen graves distorsiones por las que el objetivo de Beauvoir adquiere un singular tono biológico.

Las reacciones no se dejan esperar. El entusiasmo domina a las mujeres suizas, las cuales todavía no tenían derecho al voto, y la discreción se apodera de la católica Québec de la época. En la América de McCarthy los lectores y lectoras esgrimen fuertes críticas. En la España de Franco no circulará hasta 1962 una traducción argentina que corre el riesgo de la clandestinidad. En otros países como Rusia o Alemania del Este se necesitaría la caída de los regímenes comunistas para disponer de una traducción.

Desde los años 60, el libro se ha convertido en una referencia obligada para todos/as aquellos/as que se interesaron por las cuestiones femeninas/feministas. Durante esos años predomina un pensamiento individualista y liberal que afirmaba que la emancipación

---

[4] Eaubonne, F. de, *Les Monstres de l'été. Mèmoires Précoces*. Julliard, Paris, 1986.
[5] Grégoire, M., *Telle que je suis*. Senil, Paris, 1976.

de la mujer suponía una carrera personal. Para la siguiente generación el libro seguirá teniendo su importancia, aunque junto a otras obras contemporáneas y radicales. Muy numerosas fueron las nuevas teóricas feministas de los años 70 que reconocieron una deuda con él. Con este nuevo movimiento Simone de Beauvoir se vincula con un feminismo militante. Encabeza diversas manifestaciones, firma el manifiesto de las 343, y reconoce haber abortado, testifica en el proceso de Bobigny, ofrece las columnas de *Les Temps Modernes* a las crónicas de "sexismo ordinario", y no vacila en ningún momento en poner en peligro su fama si es a favor de una causa que ella considera justa. Participa en la fundación de diversas asociaciones y revistas, como *Choisir*, la *Ligue du Droit de Femmes*, o *Questions Féministes*. Estas confrontaciones permanentes con el movimiento de mujeres la llevan a revisar sus antiguas posiciones. En adelante, ella misma juzgará *El segundo sexo* como demasiado idealista e individualista. Las mujeres padecen una opresión específica, y la lucha contra ella sólo la pueden llevar a cabo los colectivos de mujeres.

La pervivencia de *El segundo sexo* no significa que se diera un consenso en torno a él. Generación tras generación, partidarios/as y opositores/as se colocan en las mismas posiciones de fractura. Para los/las primeros/as, las diferencias que existen entre los sexos se deben a la opresión que sufren las mujeres; los/las segundos/as se inclinan por afirmar una naturaleza femenina diferente, que las sociedades patriarcales harían bien en considerar. Laicos contra católicos durante los años 50, más tarde partidarios de la igualdad contra los defensores de la diferencia, más recientemente, feministas contra postmodernistas, las polémicas continúan adecuándose, en buena parte, al ritmo de los movimientos y cambios sociales.

Al final de los años 80 se produce una reacción en contra de *El segundo sexo* y de su autora. Los comentarios se van haciendo cada vez más críticos e incisivos. Deirdre Bair, en la biografía que escribe

sobre Simone de Beauvoir, destaca una actitud muy ambigua de ella y de Sartre durante la Ocupación.[6] La publicación póstuma de su correspondencia, los reproches contra su falta de compromiso político durante la guerra, su relación muy poco feminista con Sartre, sus esporádicas relaciones con jóvenes mujeres, etc., han dado lugar a comentarios muy poco halagadores. Después de haber sido alabada durante mucho tiempo, Simone de Beuavoir cae de un altar que ella nunca buscó. No obstante quedan una mujer y una obra que han sabido mantener la atención de varias generaciones, hasta el punto de que todavía son objeto de interrogación de muchos/as investigadores/as.

La obra ha sido ampliamente comentada, pero en la mayoría de los casos se trata bien de comentarios biográficos que se detienen en cuestiones más o menos anecdóticas, bien de algunos ensayos polémicos. Desde los años 80, los estudios eruditos, difundidos por algunas sociedades como la *Simone de Beauvoir Society*, se dirigen más bien hacia el estudio de los orígenes intelectuales de *El segundo sexo*. Entre los trabajos pioneros en este sentido se encuentra el de Michèle Le Doeuff que le presta una especial atención a la singular posición de las mujeres en la filosofía.[7]

Muchos estudios han tomado una dirección que obliga a hacer una relectura crítica y rigurosa de los textos. Algunos, por ejemplo, relativizan la aportación que pudiera hacer Sartre a una forma de entender la filosofía existencialista que, en ciertos aspectos, Beauvoir habría iniciado. A través de coloquios, especiales en revista y publicaciones, numerosas investigadoras (filósofas, escritoras, lingüistas, y en menor grado, historiadoras y sociólogas) se han ocupado de los estudios beauvoirianos. La mayoría de estas investigaciones se llevan a cabo en Estados Unidos y en Europa del

---

[6] Bair, D. *Simone de Beauvoir*. Fayard, Paris, 1990.
[7] Le Doeuff, M. *L'Etude et le Rouet*. Senil, Paris, 1989.

Norte, y en ellas se aprecia una carencia evidente de la aportación de estudiosas francesas.

Probablemente esta paradoja se deba, a como dice Sylvie Chaperon: "la muy difícil institucionalización de los estudios sobre las mujeres en Francia y, sin duda también, a la mayor proximidad de las feministas francesas a su "monstre sacré" o su "mère symbolique" que a menudo ha sido para ellas Simone de Beauvoir."[8]

El interés que el mundo anglosajón ha demostrado por la obra de Simone de Beauvoir sitúa a esta autora tal vez donde ella nunca quiso estar: "en los laberintos de un deconstruccionismo postmoderno inspirado en Jacques Derrida y Luce Irigaray".[9] Sin duda, *El segundo sexo* es una obra que sigue fascinando y dividiendo a sus lectores/lectoras, de tal modo que todavía no ha dejado de hablarse de ella, pues representa una lectura indispensable para los y las estudiantes de los *Woman's Studies* universitarios.

En cuanto al contenido de la obra, se puede decir que *El segundo sexo* sintetiza, en su análisis de la opresión de las mujeres, la fenomenología existencialista, el hegelianismo y el marxismo, e integra la teoría de la alienación marxista con la filosofía existencialista, y la dialéctica amo/esclavo hegeliana con el marxismo.

La intención de Beauvoir de conceptualizar la opresión de las mujeres aparece claramente desde el principio, y para ello usará los conceptos filosóficos y científicos que tiene a su disposición. Puesto que dichos conceptos, básicamente, responden a una comunidad científica eminentemente masculina, parece lógico que Beauvoir haya

[8] Chaperon, S., op. cit.
[9] Ibid.

sido acusada de sobrevalorar lo masculino, e incluso de haber caído en la trampa de identificar la trascendencia con la masculinidad. Por ejemplo, Eva Lundgren-Gothlin dice:

> "A pesar de que intenta probar que la feminidad y la subordinación de las mujeres son fenómenos creados socialmente, Beauvoir describe la biología femenina en términos negativos, considerándola como un obstáculo. Subordinada a la reproducción de la especie, y físicamente más débil que el hombre, permaneció apartada de la lucha por el reconocimiento, ni participó en la actividad productiva, la cual formó una sociedad humana y capacitó al ser humano para confirmarse a sí mismo como existencia. La mujer fue definida como el absolutamente Otro, el que nunca pide reconocimiento, que no se confirma a sí mismo como sujeto."[10]

Beauvoir se interroga sobre las causas de que la mujer haya llegado a ser el Otro, y llega a la conclusión de que eso se debe a que no participa en la producción activa, habiendo quedado relegada a la reproducción de la especie. Esto quiere decir que no ha podido trascender su naturaleza animal y, por tanto, no pueden afirmarse a sí mismas como una trascendencia en sus actividades, las cuales no crean ni nuevas condiciones ni historia.[11]

Además, Beauvoir conecta la opresión de las mujeres con el origen de la propiedad privada y su exclusión de la producción; y cree en la posibilidad de un cambio si ellas entraran masivamente en el mundo productivo si se estableciera un sistema socialista, y si se las

---

[10] Lundgren-Gothlin, E. op. cit. p. 247.

[11] "Porque permanecen ellas mismas, desesperadamente "otras"; las mujeres se mantienen por la Alteridad, una alteridad irreductible a toda historicidad." Fraisse, G., op. cit., p. 164.

capacita y se les proporcionan los medios necesarios para controlar su fertilidad, ya que, según ella, una determinada comprensión de las diferencias biológicas entre los sexos ha tenido un papel muy importante en la subordinación de las mujeres desde la prehistoria.

Al contrario que Sartre en *El ser y la nada*, cree que el reconocimiento recíproco debe ser posible y auténtico en las relaciones humanas. Simone de Beauvoir insiste tanto en la importancia del trabajo como en la dimensión histórica de la dialéctica, lo que quiere decir que la tendencia original a la dominación puede ser trascendida. En *El segundo sexo* la dialéctica amo/esclavo no se presenta como ahistórica, sino que tiene una solución posible.

Beauvoir integra las diferentes tradiciones filosóficas en torno a los conceptos sujeto/objeto, el uno/el otro, trascendencia/inmanencia y libertad/situación. Desarrolla una filosofía de la historia sin usar el *cogito* transparente como punto de partida; distingue entre lo que caracteriza a los seres humanos –ser un sujeto, libertad, trascendencia- y el potencial de cada ser humano para cumplirse a sí mismo como tal. Para Beauvoir, el ser humano emerge como sujeto tanto histórica como individualmente, y la conciencia es históricamente cambiante y socialmente relacionada.

La influencia marxista también resultó ser importante en el desarrollo beauvoiriano de las nociones de "libertad" y "situación". Como Marx, distingue entre la libertad concreta y abstracta, negativa y positiva, y subraya que las mujeres han sido privadas de ejercer su libertad de forma concreta y positiva. La situación, que tiene dimensiones históricas y socioeconómicas, puede obstaculizar la potencialidad individual hasta el punto de anular la capacidad de verse a uno mismo como oprimido. De este modo las nociones de Beauvoir de "libertad" y "situación" difieren sustancialmente de las de Sartre.

La noción de situación también se usa para expresar la relación del ser humano con su propio cuerpo como algo predeterminado por la sociedad en la que vive.

El hombre, como sujeto, se realiza a sí mismo como trascendencia, se autodetermina y experimenta su cuerpo en su dimensión básica. Como objeto, la mujer vive en la inmanencia, su para-los-otros es su dimensión primordial y se la dota de una naturaleza determinada. El capítulo dedicado a los mitos puede ser leído como una descripción de las diferentes formas en las que las mujeres han sido definidas por las distintas ideologías a lo largo de la historia.

Aunque la antropología filosófica de Beauvoir parte de la de Sartre, no obstante, y de algún modo, la transforma. Para ella el hombre no es "una pasión inútil". El ser humano puede elegir vivir una vida auténtica o inauténtica, asumirse a sí mismo como *existente* (autenticidad), o seguir su deseo de ser Dios, ser un en-sí-para-sí para explicar la tendencia a oprimir y el hecho de que la mujer puede ser seducida en una subordinación aceptada. El hombre ha buscado cumplir su deseo alienándose a sí mismo en la mujer al situarla como objeto y oprimirla para este fin; la mujer, en la posición de objeto, ha cumplido su deseo alienándose a sí misma en el hombre como sujeto.

Las diferentes actitudes hacia los sexos se pueden relacionar como la descripción que se hace del deseo y del amor en *El ser y la nada*; mientras Sartre cree que el conflicto y la opresión son inevitables, Beauvoir los ve como inauténticos, ya que integra la noción marxista de actividad productiva en su antropología, y así transforma las tres categorías fundamentales de Sartre: ser, tener y hacer. Donde para él todo es reducible al deseo de ser del hombre, ella coloca el comportamiento activo (*faire)* como la auténtica forma de existencia. Si los seres humanos son capaces de afirmarse a sí mismos

como trascendencia y libertad, y se alienan a sí mismos en lo que hacen, pueden confirmar su existencia y encontrarse a sí mismos objetivados. Así pueden ignorar su deseo de ser un en-sí-para-sí. La forma inauténtica de vivir es consentir en este deseo y alienarse a uno mismo en lo que uno es o tiene.

En la teoría de la autenticidad que Beauvoir desarrolla, la forma auténtica de vivir es cumplirse uno mismo como trascendencia y reconocer la trascendencia de los demás. Se trata de un reconocimiento recíproco entre sujetos. Ella cree que los seres humanos son tanto *Mitsein* como separación, de modo que relación original es tanto amistosa como conflictiva.

A simple vista parece que Beauvoir, al utilizar esta teoría de la autenticidad para criticar la opresión, mantiene una tendencia androcéntrica. El hombre es capaz de afirmarse a sí mismo como sujeto trascendente, mientras que la mujer, como objeto oprimido no lo es. Aunque la trascendencia y la autenticidad tienden a combinarse, esto no deja de ser problemático desde una perspectiva feminista. La trascendencia y la inmanencia son los conceptos que menos satisfacen del pensamiento beauvoriano, porque son conceptos mucho más determinados genéricamente que otros, es decir, la tradicional forma de vida de los hombres, en cierto modo se entiende como trascendente, mientras que la de las mujeres se entiende como inmanente.

Las teorías beauvoirianas en cuanto a la biología femenina y a la maternidad no dejan de ser problemáticas, como algunas teóricas feministas han apuntado, ya que las funciones que tradicionalmente se han atribuido a las mujeres se entienden de forma negativa, como un impedimento para llevar una vida plena y trascendente. Pero eso puede entenderse. Como ha quedado claro a lo largo de este trabajo, todos los instrumentos y elementos que Beauvoir utiliza para llevar a

cabo su análisis se basan en una fundamentación filosófica y antropológica de carácter androcéntrico. Ella, a simple vista, no critica esa tendencia, se limita a incorporarla. Sigue a Marx cuando define las funciones reproductivas de las mujeres como improductivas. Sigue a Hegel cuando aprecia el riesgo de la propia vida como algo más valioso que traer una nueva vida al mundo, algo que ella identifica con una función básicamente animal. Sigue a Sartre cuando ve en la mujer un objeto natural del deseo masculino, lo cual hace problemático para las mujeres ser sujetos deseantes. En todas estas formas de pensamiento, las mujeres tienen serios problemas para realizarse a sí mismas como propiamente humanas. Esto queda agravado por el hecho de que Beauvoir utiliza para justificar su análisis datos biológicos que se desarrollan desde una perspectiva masculina. Tal vez no podía ser de otra manera en 1949. En todo caso valdría la pena dilucidar si asume dichas filosofías, antropologías y biología, o más bien las cuestiona, y hasta que punto las pone bajo sospecha.

Beauvoir también desarrolla una filosofía de la historia en la que, al parecer, su teoría de la autenticidad entra en conflicto con ciertos elementos marxistas y hegelianos, ya que utiliza la ontología dualista sartreana y la oposición entre el en-sí y el para-sí obsesionado por su nada y su libertad. Esta concepción choca con su ontología dialéctica e histórica, inspirada en Marx y Hegel, en la que la conciencia es históricamente determinada y desarrollada.

Por lo tanto, la solución a esta situación también se presenta como algo contradictorio. Por un lado se exige una transformación colectiva de la sociedad, un proceso centrado en el desarrollo de una sociedad democrática y socialista, y la liberación de todos. Pero por otro lado hay una insistencia en la necesidad de una conversión individual que trae consigo virtudes tales como la amistad y la generosidad, las cuales capacitan para el reconocimiento entre sujetos. Un prerrequisito, tanto a nivel social como individual, es que a las mujeres se les permita realizarse a sí mismas a través de su “hacer”.

Esta contradicción también puede relacionarse con la preocupación de Beauvoir por la ética y la conducta individual en el momento en el que ella está escribiendo un libro sobre un fenómeno social colectivo: la subordinación de las mujeres.

A pesar de que la opresión de las mujeres se describe como algo específico, no parece que se den estrategias demasiado específicas para eliminarla. La solución que se sugiere es una mayor participación en la producción, la demanda de reconocimiento y la realización de una sociedad democrática socialista. Para poder realizarse a sí mismas, las mujeres deben comprometerse con una actividad productiva en la esfera pública; la procreación, la crianza de los hijos y las labores domésticas no se consideran como actividades de ese tipo, y por lo tanto no sirven como autoafirmación de la propia existencia, o como lucha para la liberación.

Simone de Beauvoir no debería entenderse como una pensadora liberal o individualista. Debe reconocerse que ella lleva a cabo una especie de transformación de la filosofía existencialista. En *Para una ética de la ambigüedad*, desarrolla su propia y original interpretación de la fenomenología existencialista.

Después de la guerra, la esperanza de que las izquierdas se unificaran en una sociedad socialista se pierde. En su lugar se suceden una serie de disputas en torno a las posiciones dogmáticas sobre la Guerra Fría, y de las que no se espera ninguna resolución. El conflicto entre Sartre y el Partido Comunista puede ser uno de los factores explicativos de por qué *El segundo sexo* no tuvo la aceptación que cabría esperar entre las mujeres de las organizaciones comunistas, que, por otra parte, eran las únicas que podían haberle dado cierta

cobertura debido a los elementos marxistas que se encuentran en el texto.

Una evaluación seria de la aportación de Simone de Beauvoir debe, sin duda, tener en cuenta el contexto en el que *El segundo sexo* ve la luz. Y aunque es cierto que había otros textos al respecto que han quedado en el olvido, también lo es que no había movimientos de mujeres que pudieran aportar su apoyo a una teorización de la problemática de la mujer de la envergadura de un texto que después de 55 años sigue siendo objeto de investigación. Beauvoir defiende derechos que en el momento en el que ella escribe se consideran políticamente incorrectos: el derecho de la mujer al trabajo, a la contracepción, al aborto libre, a participar plenamente en la sociedad, derechos que, por otra parte, siguen siendo importantes y no siempre se respetan.

Las teorías que Simone de Beauvoir esgrime en *El segundo sexo* han sido una fuente de inspiración para desarrollar el concepto feminista de "género". En contraste con la antigua tradición feminista, ella lleva a cabo una ruptura teórica: concibe al ser humano como un ser natural, sin ninguna necesidad de partir de una teoría determinista, esencialista o ahistórica. Su punto de vista dialéctico del ser humano se conceptualiza bajo la idea de situación, lo cual debería considerarse como una de sus mayores aportaciones en lo que a la Teoría Feminista se refiere, puesto que, de alguna manera, el discurso "científico" sigue teniendo fuertes connotaciones androcéntricas y, por tanto, la idea beauvoiriana de que la biología puede y debe ser trascendida y subordinada todavía sigue teniendo su importancia.

Usando el par conceptual sujeto/objeto y el uno/el otro consigue describir la opresión de las mujeres sin reducirla nunca a una determinada clase de opresión ni a un determinado mal individual. A pesar de los posibles elementos androcéntricos que se puedan

encontrar en *El segundo sexo*, esta obra proporciona un punto de partida interesante e inevitable para la Teoría feminista.

El segundo sexo es un libro con una estructura filosófica bastante compleja, y debería ser leído como un clásico. Celia Amorós dice que "buena parte del feminismo de la segunda mitad del siglo XX, o todo, puede ser considerado comentarios o notas a pie de página de *El Segundo Sexo*",[12] y Amelia Valcárcel afirma que "*El segundo sexo* es, sin lugar a dudas, uno de los textos clásicos del feminismo del siglo XX, pero aún deberá ser incluido, para hacerle justicia, entre las obras claves de la filosofía de esta centuria"[13], lo cual puede deberse a que Simone de Beauvoir fue una de las primeras mujeres que intentó una explicación filosófica y, por tanto, una teoría de la subordinación de las mujeres tanto a nivel social como individual. Ella intenta explicar –utilizando de una forma magistral la filosofía de la sospecha-[14] un objeto, "la mujer" y para eso hace un recorrido por los diferentes discursos y saberes sobre dicho objeto. *El segundo sexo* es un clásico del feminismo, pero también debería serlo de la literatura y de la filosofía contemporánea.

[12] Citado por Amelia Valcárcel en su artículo "A cincuenta años de *El segundo sexo*", p. 2.
[13] Ibid, p. 19.
[14] Amelia Valcárcel dice que Beauvoir "ha aplicado su genialidad filosófica a develar la construcción de lo femenino como categoría antropológica global. Ha sospechado de los discursos y saberes que la forman y fundamentan y los ha puesto al descubierto.", Ibid.p. 19.